

El archivo de Sherlock Holmes

El archivo de Sherlock Holmes

Edición de Alberto Laiseca

Traducción de Jorge León Burgos Funes

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: El archivo de Sherlock Holmes
Autor: Arthur Conan Doyle
Edición de: Alberto Laiseca
Traducción: Jorge León Burgos Funes

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-800-5
Primera edición: julio 2010

Printed in Spain
Imprime: Litografía Rosés, S. A.
Depósito Legal: B.3093-2010

Índice

Prólogo	9
1. La aventura del cliente ilustre.....	13
2. La aventura del soldado de la piel decolorada.....	45
3. La aventura de la piedra preciosa de Mazarino	69
4. La aventura de los tres gabletes.....	87
5. El vampiro de Sussex	107
6. La aventura de los tres Garridebs	125
7. El problema del puente de Thor	145
8. La aventura del hombre que reptaba	173
9. La aventura de la melena del león	197
10. La aventura de la inquilina del velo.....	217
11. La aventura de Shoscombe Old Place.....	231
12. La aventura del fabricante de colores retirado.....	249

Prólogo

Este libro es el último que Conan Doyle escribió sobre el genial detective. Es un gran cierre, pero no de oro (metal de pobres) sino de platino, que es carísimo.

En los cuentos que tratamos, Holmes está más chispeante e irónico que nunca. Aunque a veces la ironía es involuntaria. Su casera, en un momento dado (desesperada al ver que el inquilino no come desde hace días), le pregunta: «¿Cuándo estará disponible para cenar, señor Holmes?» «Siete y media, pasado mañana». Poco después le dice a Watson: «Las facultades se refinan cuando se está muy hambriento». Pero su comportamiento, como siempre, tiene su razón de ser: «Espero ser asesinado». «¿Es una broma!» «Incluso mi limitado sentido del humor puede cultivar una broma mejor que esa».

En el primero de los cuentos hace un comentario sobre cierto peligroso asesino: «Una personalidad compleja. Todos los grandes criminales la tienen». Pero justo eso mismo podríamos decirlo de él. El buen Sherlock es una especie de superlativo criminal que, no obstante, no ha cometido ni cometerá delito alguno (salvo, quizá, sus acciones contra sí mismo). Por eso puede (a los monstruos) entenderlos tanto y así atraparlos: él, en algún sitio, es uno de ellos.

Hay cosas que Holmes no puede hacer: tener una esposa, por ejemplo. Pero dentro de su estricta especialización bien pudo tomar por otros sitios. Ya hablamos de su increíble talento actoral. «El viejo barón Dowson dijo, la noche anterior a que fuera ahorcado, que en mi caso lo que la ley ha ganado, el escenario lo ha perdido».

Al comienzo de *La aventura del cliente ilustre*, Watson nos cuenta: «Tanto Holmes como yo sentíamos cierta debilidad por los baños turcos. Fumando en el placentero sopor de la sala de secado, he encontrado a Holmes menos reservado y más humano que en ningún otro lugar». Es induda-

ble que el doctor quiere muchísimo a su viejo amigo y que trata de disculparle sus ironías y subestimaciones para con él. «¡Magnífico, Watson! Hoy tiene usted verdaderos destellos». Etcétera.

Cuando ve que el detective le echa miradas malignas, el doctor ya sabe que el otro está con su «humor más travieso» y que puede esperar cualquier maldad de su parte. Pero a veces sus ironías son amables e inofensivas. En una ocasión el doctor encuentra a Holmes con una clienta. Nuestro amigo, munido de su famosa pipa, echa humo como una chimenea. «La señora Merrilow no tiene inconveniente en que fumemos, Watson. Se lo digo por si quiere entregarse a esa sucia debilidad suya».

Dos de los cuentos de este libro no están relatados por el doctor si no por Sherlock Holmes en persona, cosa que no había sucedido antes. En un momento dado nos dice algo que lo revela por completo: «El bueno de Watson me había abandonado para seguir a una esposa, único acto egoísta suyo que recuerdo del tiempo en que estuvimos asociados». Es maravilloso que lo acuse al otro de egoísmo por haberse enamorado y desear ser feliz. ¿Y por casa cómo andamos?

Sin embargo cuando en una de las aventuras cree que el doctor está malherido, Holmes revela todo su cariño: «¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!». Y el doctor piensa para sus adentros: «Valía la pena la herida... valían la pena muchas heridas... para saber la profundidad de la lealtad y el amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento (...) Por única vez alcancé a ver un gran corazón, tan bien como al gran cerebro. Todos mis años de humildes pero inmediatos servicios culminaron en ese momento de revelación».

Tenemos también, por supuesto, una seguidilla de sus famosos apotegmas: «La afabilidad de ciertas personas es más mortal que la violencia de otras almas de mayor crudeza». «El único conjurado que está seguro es el que lleva él solo una conjura».

Pero algo que escribe Holmes, de su puño y letra, es muy interesante: «He comprobado que resulta hábil despertar en los clientes una sensación de poder y, por eso, le hice ver algunas de las conclusiones a que yo había llegado». Y

digo que el pasaje es muy interesante porque revela en el accionar de Holmes algo más que la vanidad que siempre le sospechamos y que una vez más confirmamos.

Lamento que el espacio no me permita comentar todo lo que me gustaría de este libro riquísimo. Tomemos, por ejemplo, *El vampiro de Sussex*, donde Holmes resuelve un caso especialmente siniestro. ¡Los vampiros existen! Claro que, fiel a la línea de Conan Doyle (no contaminar a Sherlock con sobrenaturalezas), el monstruo no es el famoso Nosferatu, el muerto vivo que duerme de día en una tumba. En verdad resulta peor.

Ya dije que hay aquí dos cuentos donde nuestro detective se ve obligado a narrar por momentánea ausencia de su amigo el doctor. En realidad cuando Holmes cuenta es tan poco claro como Watson, en el sentido de que apenas sabemos todo al final.

En una de las historias un pobre hombre, muerto de frío, entra a un lugar extraño. A nadie ve allí, ninguno lo detiene y se echa a dormir en el primer sitio que encuentra.

Por la mañana alguien le dice que ha dormido en la cama de un leproso, de modo que ya sabe lo que le espera. Esto me pareció extraño porque la lepra no es tan fácil de contagiar. Como decía mi padre, que era médico, «no coge la lepra el que quiere sino el que puede».

Sin embargo, y de todas maneras, el hombre enferma. Pero al final se explica, satisfactoriamente, el sentido de todo ello.

De todas maneras el cuento sirve a Conan Doyle como excusa para exponernos una vez más su famosa galería de seres espeluznantes y *underground*.

«Estaba ante mí un hombre pequeño, parecido a un enano, de cabeza enorme y bulbosa, que chapurreaba con gran excitación en holandés, accionando dos manos horribles, que se me antojaban esponjas de color castaño. A sus espaldas había un grupo de personas que parecían sumamente divertidas con la situación, pero al mirarlas, sentí correr por mi cuerpo un escalofrío. Ni una sola de ellas era un ser humano normal. Todas estaban contorsionadas, hinchadas o desfiguradas de manera fantástica. La risa de aquellos monstruos extraordinarios era espantosa de oír».

En otra narración alguien se pregunta: «¿Por qué querría alguien quemar los huesos de un hombre que lleva mil años muerto?». Tanto nosotros los lectores, como el propio Holmes, imaginamos que la acción oculta el crimen más siniestro. En realidad, al fin nos enteramos que las cosas son un poco más normales. El delito (si es que existe) es tan pequeño que la justicia inglesa bien puede absolver al delincuente y dejarlo ir, previo decirle: «No vuelvas a hacer más estas cosas feas».

El cuento contiene también la descripción de una enorme y antiquísima cripta que hizo mis delicias: «... iluminó el melancólico lugar, funesto y maloliente, con viejas paredes de piedra toscamente talladas y derrumbándose, y montones de ataúdes, unos de plomo y otros de piedra...».

Alguien, en otra historia, estúpido y lleno de injustificado odio, sin embargo tiene lucidez suficiente como para simular que su suicidio fue un crimen. El medio del cual se vale es bastante ingenioso. Hay una novela posterior (*El crimen de Greene*, de S. S. Van Dine) donde se usa el mismo recurso, pero bien puede ser una casualidad.

Sherlock Holmes, en otro sitio, nos cuenta: «En todas mis crónicas el lector no encontrará ningún caso donde mis poderes llegasen al límite. Incluso que mi imaginación no pueda concebir solución alguna para el misterio».

Claro, pero los casos sin solución no fueron relatados. Tal como nos dice Watson en otro sitio: «Entre estos casos no concluidos está el del señor (...) quien regresando a su casa para buscar su paraguas, desapareció de este mundo sin dejar rastro (...). Otro caso digno de tener en cuenta es el de Isador Persano, el conocido periodista pendenciero, a quien se encontró en estado de locura, mirando fijamente una caja de fósforos que tenía delante y que contenía un curioso guano, al parecer desconocido para la ciencia».

Lamentamos que estos cuentos sean los últimos. La irritante vanidad de Holmes será extrañada, así como sus extravagancias y clarividencias y, por qué no, su enorme ternura secreta.

Alberto Laiseca

La aventura del cliente ilustre

«Hoy ya no puede causar perjuicio».

Esa fue la contestación que me dio Sherlock Holmes cuando, por décima vez, le pedí autorización para hacer público el siguiente relato. De ese modo conseguí permiso para dejar constancia de lo que, en ciertos aspectos, constituyó el momento supremo de la carrera de mi amigo.

Tanto Holmes como yo sentíamos cierta debilidad por los baños turcos. Fumando en el placentero sopor de la sala de secado, he encontrado a Holmes menos reservado y más humano que en ningún otro lugar. Hay, en el piso superior del establecimiento de baños de la avenida Northumberland, un rincón aislado con dos canapés, uno al lado del otro, y en ellos estábamos acostados el día 3 de septiembre de 1902, fecha que da comienzo a mi relato. Yo le había preguntado si había algún asunto en marcha y él me contestó, sacando su brazo largo, delgado y nervioso de entre las sábanas en que estaba envuelto y extrayendo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, que estaba colgada a su lado.

—Puede tratarse de algún individuo estúpido, inquieto y solemne, o de un asunto de vida o muerte —dijo al entregarme la carta—. Yo no sé más que lo que dice el mensaje.

Procedía del Carlton Club y traía la fecha de la noche anterior. Esto fue lo que yo leí:

Sir James Damery presenta sus respetos al señor Sherlock Holmes, y anuncia que irá a visitarlo a su casa, mañana a las 4.30. *Sir James* se permite advertirle que el asunto sobre el que desea consultar con el señor Holmes es muy delicado y también muy importante. Por ello, confía en que el señor Sherlock Holmes haga los mayores esfuerzos por concederle esta entrevista, la que confirmará llamando por teléfono al Club Carlton.

—No hará falta que le diga, Watson, que la he confirmado —me dijo Holmes al devolverle yo el documento—. ¿Sabe usted algo del tal Damery?

—Lo único que sé es que ese apellido suena todos los días en la vida de sociedad.

—Yo puedo decirle un poco más que eso. Lleva fama de ser un especialista en el arreglo de asuntos delicados, que no conviene que aparezcan en los periódicos. Quizás recuerde usted sus negociaciones con *sir* George Lewis, a propósito del testamento de Hammerford. Es un hombre de mundo que tiene dotes naturales para la diplomacia. Por ello, no tengo más remedio que suponer que no se tratará de una pista falsa, y que, en efecto, necesita nuestra intervención.

—¿Nuestra?

—Si quiere ser usted tan amable, Watson.

—Me sentiré muy honrado.

—Pues entonces, ya sabe la hora; las cuatro y media. Podemos, pues, apartar el asunto de nuestra atención hasta esa hora.

Por aquel entonces yo vivía en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero me presenté en la calle Baker antes de la hora indicada. Era la media en punto cuando fue anunciado *sir* James Damery. Apenas si hará falta describirlo, porque son muchos los que recordarán a aquel personaje voluminoso, arrogante y honrado, aquella cara ancha y completamente afeitada, y sobre todo, aquella voz agradable y pastosa.

Brillaba la franqueza en sus grises ojos de irlandés, y en sus labios inquietos y sonrientes jugueteaba la jovialidad. Todo pregonaba su cuidado meticuloso por el buen gusto en el vestir que lo había hecho célebre; su lustroso sombrero de copa, su levita negra; en fin, todos los detalles, desde la perla del alfiler de su corbata de raso negro, hasta las polainas cortas de color lavanda sobre sus zapatos de charol. Aquel aristócrata corpulento y despótico se destacaba en la pequeña habitación.

—Esperaba, desde luego, encontrarme aquí con el doctor Watson —dijo, haciéndome una reverencia cortés—. Su colaboración podría ser necesaria en esta ocasión, porque debemos lidiar con un individuo familiarizado con

la violencia y que, literalmente, no le teme a nada. Debería decir que no hay en Europa un hombre más peligroso.

—Ese calificativo ya ha sido aplicado a varios adversarios míos —dijo sonriente Holmes—. ¿Fuma usted? Pues entonces, me perdonará que yo encienda mi pipa.

Tiene que ser peligroso de veras ese hombre de que habla, para serlo más que el profesor Moriarty, ya muerto, o que el aún vivo coronel Sebastián Morán. ¿Podría saber su nombre?

—¿Oyó usted hablar alguna vez del barón Gruner?

—¿Se refiere al asesino austríaco?

El coronel Damery alzó las manos enguantadas en cabritilla mientras comenzó a reír.

—¡A usted no se le escapa nada, señor Holmes! ¡Es asombroso! ¿De modo que ya lo tiene usted calibrado como asesino?

—Mi profesión me obliga a estar al día de los hechos criminales del continente.

¿Quién que haya leído el relato de lo ocurrido en Praga puede tener dudas acerca de la culpabilidad de tal individuo? Se salvó por una cuestión de tecnicismos legales y por el fallecimiento sospechoso de un testigo. Tengo la misma seguridad, como si lo hubiese presenciado con mis propios ojos, de que él mató a su esposa cuando ocurrió aquel llamado accidente en el Paso de Splügen. También yo estaba enterado de que el barón se había trasladado a Inglaterra y sospechaba que, tarde o temprano, me proporcionaría algo para trabajar. Veamos: ¿qué es lo que ha hecho este barón Gruner? Me imagino que no se tratará de una exhumación de la vieja tragedia.

—No, es más grave que eso. Es importante que se castigue el crimen ya cometido, pero más importante es evitarlo. Señor Holmes, es una cosa terrible ver cómo se prepara, delante de los ojos de uno, un acontecimiento espantoso, una situación atroz; darse cuenta de cuál será el final y verse completamente impotente para evitarlo. ¿Puede un ser humano verse en situación más angustiada?

—Quizás no.

—Siendo así, creo que sentirá usted simpatía por el cliente en cuyo interés estoy actuando.

—No supuse que actuaba usted como simple intermediario. ¿Quién es el interesado?

—Señor Holmes, debo rogarle que no insista en esa pregunta. Es de la mayor importancia que yo pueda darle la seguridad de que su ilustre apellido no ha sido traído a colación en el asunto. Prefiere permanecer oculto, aunque actúe por móviles honorables y nobles en el más alto grado. No hará falta que diga que sus honorarios están garantizados y que podrá actuar con absoluta libertad. ¿Verdad que carece de importancia el nombre de su cliente?

—Lo siento —contestó Holmes—. Estoy acostumbrado a que un extremo de mis casos esté envuelto en misterio, pero que lo estén los dos resulta demasiado expuesto a confusiones. Lamento, *sir* James, tener que rehusar a ocuparme del caso.

Nuestro visitante dio muestras de profundo desconcierto. La emoción y la desilusión ensombrecieron su cara ancha y expresiva, y dijo:

—Señor Holmes, es difícil que pueda usted darse cuenta del alcance de esa negativa suya. Me coloca usted en un dilema grave, porque tengo la seguridad completa de que si me fuera posible revelárselo todo, usted se sentiría orgulloso de encargarse del caso; pero me lo impide la promesa que tengo hecha. ¿Podría yo, por lo menos, exponerle todo lo que me está permitido?

—No hay inconveniente, a condición de que quede bien sentado que yo no me comprometo a nada.

—Entendido. En primer lugar, creo, sin duda, que habrá oído usted nombrar al general de Merville.

—De Merville..., ¿el que se hizo famoso en Khyber? Sí, he oído hablar de él.

—Tiene una hija, Violeta de Merville, joven, rica, hermosa, culta, un prodigio de mujer en todo sentido. Pues bien; es a esta hija, a esta muchacha encantadora e inocente, a la que estamos tratando de salvar de las garras de un demonio.

—Eso quiere decir que el barón Gruner ejerce poder sobre ella, ¿verdad?

—El más fuerte de todos los poderes, tratándose de una mujer: el poder del amor.

Ese individuo es, como quizás haya oído usted decir, un hombre de extraordinaria hermosura, de trato fascinador, de voz acariciadora; aparece envuelto en esa atmósfera de novela y de misterio que tanto atrae a las mujeres. Se cuenta que no hay ninguna que se le resista y que se ha aprovechado ampliamente de ese hecho.

—Pero, ¿cómo pudo un hombre de su calaña establecer trato con una dama de la categoría de la señorita Violeta de Merville?

—Fue durante una excursión en yate por el Mediterráneo. Los invitados, aunque eran gente selecta, debían pagarse el pasaje. Es seguro que los organizadores no supieron la verdadera personalidad del barón hasta que fue demasiado tarde. El muy canalla se dedicó a cortejar a la joven, y consiguió ganarse su corazón de una manera completa y absoluta. Decir que ella lo ama no es suficiente. Está chiflada por él, está obsesionada con él. No hay nada para ella, en el mundo, fuera de ese hombre. No consiente en escuchar nada que vaya contra él. Se ha hecho todo lo que es posible hacer para curarla de su locura, y ha sido en vano.

Para resumirlo: tiene el propósito de casarse con el barón el mes que viene. Y como es ya mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, resulta difícil idear una manera de impedirlo.

—¿Está enterada del episodio austríaco?

—Ése astuto demonio le ha contado todos los escándalos públicos de su vida pasada, pero lo ha hecho, en todos los casos, presentándose a sí mismo como un mártir inocente. Ella acepta la versión de Gruner y no quiere escuchar ninguna otra.

—¡Vaya! Bien pero creo que ha pronunciado usted sin darse cuenta el nombre de su cliente que es, sin duda, el general de Merville.

Nuestro visitante se movió nervioso en su silla.

—Señor Holmes, yo podría engañarlo diciéndole que sí, pero faltaría a la verdad.

De Merville es hombre ya sin energías. Este incidente ha desmoralizado por completo al veterano soldado. Perdió el temple que no lo abandonó jamás en los campos de batalla, y se ha convertido en un hombre débil y vacilante,

incapaz de hacer frente a un canalla lleno de brillantez y de ímpetu como es el austríaco.

Mi cliente, sin embargo, es un viejo amigo que ha tratado íntimamente al general durante muchos años y se interesa paternalmente por esta jovencita desde que creció. No es capaz de presenciar cómo se lleva a cabo esta tragedia sin realizar algún intento para evitarla. Scotland Yard no tiene ninguna base para intervenir en este asunto. Fue sugerencia de esa persona la idea de que intervenga usted aunque, como ya he dicho, con la condición de que no apareciese envuelto personalmente en el caso.

Yo no dudo, señor Holmes, de que poniendo en juego sus grandes dotes, le sería fácil seguir la pista que lo llevaría hasta mi cliente con solo seguirme a mí, pero he de pedirle, como cuestión de honor, que se abstenga de hacerlo y que no rompa su incógnito.

Holmes dejó ver una sonrisa muy especial, y contestó:

—Creo que puedo prometérselo con toda seguridad. Le agregaré que el problema que me trae me interesa, y que estoy dispuesto a examinarlo. ¿Cómo podré mantenerme en contacto con usted?

—El Club Carlton sabrá dar conmigo. Pero en caso de necesidad inmediata, hay un teléfono para llamadas reservadas: el XX treinta y uno.

Holmes tomó nota del mismo, y permaneció, sonriendo, con el libro de notas abierto encima de las rodillas.

—La dirección actual del barón, por favor.

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio espacioso. Ha salido con suerte de algunas especulaciones dudosas, y es hombre rico, lo cual lo convierte en un adversario mucho más peligroso.

—¿Está actualmente en su casa?

—Sí.

—Independientemente de lo que ya me ha dicho, ¿puede proporcionarme algún otro dato acerca de ese hombre?

—Es una persona de gustos costosos; cría caballos; jugó una breve temporada al polo en Hurlingham, pero se habló del asunto de Praga y tuvo que retirarse. Colecciona libros y cuadros. Hay, en su temperamento, un importante

aspecto de artista. Tengo entendido que está considerado como una autoridad en porcelana china y que ha publicado un libro sobre el tema.

—Una personalidad compleja —dijo Holmes—. Todos los grandes criminales la tienen.

Mi antiguo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era cualquier cosa como artista. Podría citar muchos más. Bien, *sir* James, informe a su cliente que, desde este momento, concentro mi atención en el barón Gruner. No puedo decir más; dispongo de algunas fuentes de información propias, y creo que no han de faltarme algunos medios para iniciar el trabajo.

Una vez que se retiró nuestro visitante, Holmes permaneció sentado y sumido en profundas meditaciones durante tanto tiempo, que me pareció que se había olvidado de mi presencia. Sin embargo, volvió de pronto bruscamente a la realidad y me preguntó:

—Y, Watson, ¿no se le ocurre nada?

—Yo creo que lo mejor que puede hacer usted es entrevistarse con la joven.

—Querido Watson, ¿cómo yo, un desconocido, voy a salir airoso, si su pobre y anciano padre no ha conseguido influir en ella? Sin embargo, si todo lo demás nos falla, hay algo aprovechable en esa sugerencia. Pero creo que es preciso que empecemos desde un ángulo distinto. Me está pareciendo que Shinwell Johnson podría servirnos de algo.

Aún no se me ha presentado ocasión en estas *Memorias* de mencionar a Shinwell Johnson, porque solo raras veces he entresacado mis casos de las últimas etapas de la carrera de mi amigo. Llegó a ser un colaborador valioso durante los primeros años de este siglo. Lamento decir que Johnson empezó por ganarse fama como maleante muy peligroso y cumplió dos condenas en Parkhurst.

Más tarde se arrepintió y se alió con Holmes, actuando como su agente en el voluminoso mundo de los bajos fondos de Londres y sus valiosas informaciones resultaron, con frecuencia, de vital importancia. Si Johnson hubiese sido un informante de la policía, pronto habría sido descubierto; pero como intervenía en casos que no llegaban nunca directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros no advirtieron jamás sus actividades.

Con el brillo de sus dos condenas tenía acceso libre a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego; su rapidez de observación y su despierto cerebro lo convirtieron en un agente ideal para adquirir informes. En esta ocasión Sherlock Holmes se propuso recurrir a sus servicios.

No me fue posible seguir de cerca los pasos que dio a continuación mi amigo, porque tenía ciertos asuntos profesionales que requerían mi atención; pero, de acuerdo con la cita que teníamos, me reuní con él aquella noche en Simpson's, donde, sentados frente a una mesita en la ventana delantera y contemplando desde aquella altura la impetuosa corriente de vida que circulaba en el Strand, Holmes me contó algo de lo que había ocurrido.

—Johnson anda de merodeo —me dijo—. Quizás reúna algunos elementos en los recovecos más oscuros de los bajos fondos. Es allí, entre las negras raíces del crimen, donde tenemos que ponernos a buscar los secretos de este hombre.

—Pero si esa dama no acepta siquiera los hechos conocidos de todos, ¿cómo es posible que algún descubrimiento que usted pueda hacer revierta sus propósitos?

—Quién sabe, Watson. El corazón y la inteligencia de las mujeres son para nosotros, los hombres, enigmas insolubles. Es posible que la mujer perdone o se explique un asesinato, y sin embargo, la irrite algún pecado menos importante. El barón Gruner me hizo notar...

—¡Qué le hizo notar a usted!

—Bueno, ahora caigo en que yo no le hablé a usted de mis planes. Mire, Watson: a mí me gusta llegar al cuerpo a cuerpo con el hombre a quien persigo. Me agrada mirarlo cara a cara y ver por mí mismo el material con el que está fabricado. Una vez que di mis instrucciones a Johnson, me hice llevar en coche a Kingston, y encontré al barón de un humor afabilísimo.

—¿Se dio cuenta de quién era usted?

—No tuvo ninguna dificultad, por la sencilla razón de que yo le pasé mi tarjeta. Es un adversario excelente, frío como el hielo, de voz sedosa y acariciadora como la de uno de esos médicos de moda y, al mismo tiempo, es tan venenoso como una cobra.

Tiene clase, es un verdadero aristócrata del crimen, de esos que realizan sugerencias superficiales para el té de la tarde, un té con toda la crueldad de la tumba detrás. Sí, estoy satisfecho de haber tenido que dedicar mi atención al barón Adelbert Gruner.

—¿Y dice usted que en esta ocasión estuvo afable?

—Lo mismo que un gato ronroneante cuando cree estar viendo a un posible ratón. La afabilidad de ciertas personas es más mortal que la violencia de otras almas de mayor rudeza. Me recibió de un modo acorde a su personalidad, diciéndome: «Pensé, señor Holmes, que recibiría su visita en cualquier momento. Sin duda, usted estará al servicio del general de Merville para que procure impedir mi matrimonio con su hija Violeta. Es eso, ¿verdad que sí?» Le contesté que, en efecto, así era y él me dijo: «Querido señor, lo único que va a conseguir es echar a perder su bien ganada fama. Se trata de un caso en el que no hay posibilidad de que usted tenga éxito. Será el suyo un trabajo estéril, por no hablar de los posibles peligros que pueda correr. Permítame que le aconseje con vivo interés que se haga a un lado inmediatamente».

«Es curioso —le contesté— acaba usted de darme el mismísimo consejo que yo me proponía darle a usted. Yo respeto su inteligencia, barón, y ese respeto mío no ha disminuido con esta breve conversación nuestra. Permítame que le hable de hombre a hombre. Nadie pretende remover su pasado y colocarlo en una situación innecesariamente incómoda. Aquello pasó, y usted se encuentra ahora en aguas tranquilas; pero si usted se empeña en este matrimonio, levantará en contra suya a un enjambre de enemigos poderosos, que no lo dejarán en paz hasta que la estadía en Inglaterra le resulte demasiado incómoda. ¿Verdaderamente, vale eso este juego? Créame, usted saldría ganando si deja tranquila a esa dama. Será poco agradable para usted que lleguen a su conocimiento algunos hechos de su pasado».

El barón lleva unos bigotitos brillantados con cosméticos, que recuerdan las antenas cortas de un insecto. Mientras me escuchaba, esos bigotitos se estremecían, hasta que comenzó a reír suavemente: «Señor Holmes, disculpe este buen humor —me dijo—. Es realmente divertido ver

que intenta ganar el juego sin tener buenas cartas en la mano. Creo que nadie lo aventajaría, pero resulta, a pesar de todo, bastante patético. Señor Holmes, no tiene usted en la mano ni un sola carta ganadora; solo cartas sin valor».

«Eso es lo que usted cree». «Eso es lo que me consta. Voy a decírselo de manera que lo entienda, porque las cartas que yo tengo en la mano son tan fuertes, que puedo permitirme el lujo de enseñarlas. He tenido la buena suerte de ganarme por completo el cariño de esa dama. Me lo ha entregado a pesar de que yo le relaté, sin rodeos, todos los desdichados incidentes de mi vida pasada. También le aseguré que existían ciertas personas malas y mentirosas... —espero que usted se dé por aludido—, que se acercarían a ella a contarle todas esas cosas, y le advertí de qué forma debía tratarlas.

¿Ha oído usted hablar, señor Holmes, de la sugestión posthipnótica? Pues bien: usted va a ver sus fenómenos en la práctica, porque un hombre que tenga personalidad es capaz de emplear el hipnotismo sin pases vulgares ni tontearías. Ella está preparada para recibirlo: no me cabe la menor duda de que le otorgará una cita, porque se presta con amabilidad a los deseos de su padre; con excepción, únicamente, de nuestro pequeño asunto».

Pues bien, Watson: no creí que tuviese nada más que agregar y me despedí con toda la fría dignidad que fui capaz de reunir, pero él me detuvo diciéndome: «A propósito, señor Holmes, ¿conocía usted a Le Brun, agente de policía francés?» «Sí», le contesté. «¿Sabe lo que le ocurrió?» «Oí decir que unos apaches lo apalearon en el distrito de Montmartre y lo dejaron inválido para el resto de su vida».

«Muy cierto, señor Holmes. Da la curiosa coincidencia de que, solo una semana antes de ese hecho, el tal Le Brun había estado realizando investigaciones acerca de asuntos míos. No haga usted lo mismo, señor Holmes; no trae buena suerte. Son varios los que ya lo han comprobado. Lo último que le digo es esto: siga su propio camino y déjeme a mí seguir el mío, adiós». Ahí tiene usted, Watson; ya está al día con todo.

—Parece un individuo peligroso.

—Peligrosísimo. A mí no me impresionan los hombres presuntuosos, pero este pertenece a la categoría de

los que se quedan, en sus palabras, por debajo de sus propósitos.

—¿Y es forzoso que usted intervenga? ¿Es de verdadera importancia que ese hombre no se case con la muchacha?

—Yo diría que tiene mucha importancia, pensando en que, sin ningún lugar a dudas, asesinó a su última mujer. ¡Además, tenemos el cliente! Bueno, bueno, no hay necesidad de que discutamos este aspecto de la cuestión. Es preferible que me acompañe usted a casa una vez que termine de tomar el café, porque el ágil Shinwell estará ya allí con su informe.

Ya estaba, en efecto. Era un hombre corpulento, tosco, de cara rubicunda y aspecto enfermizo, con unos ojos negros vivaces que constituían la única señal exterior del alma, por demás astuta, que había en el interior. Por lo visto, había buceado en lo que constituía su reino y allí estaba, sentado junto a él en el sillón, había un ejemplo de ello, bajo la forma de una mujer joven, delgada y ondulante como una llama, de rostro pálido y cara de expresión intensa, juvenil, pero tan consumida por el pecado y el dolor, que en ella podían descubrirse los años terribles que le habían dejado su huella leprosa.

—Esta es la señorita Kitty Winter —dijo Shinwell Johnson, con un vaivén de la gruesa mano, a modo de presentación—. Lo que ella no sepa...; bueno, ella misma hablará. Antes de una hora de haber recibido su mensaje la encontré, señor Holmes.

—Es fácil dar conmigo —dijo la joven—. En el infierno, en Londres, siempre estoy cerca. Del mismo modo que «Porky» Shinwell. Somos viejos compañeros, Porky, tú y yo. Pero, le juro por mi vida que hay otra persona que, si hubiese al menos un poco de justicia en el mundo, debería encontrarse en un infierno todavía más profundo que el nuestro. Es el hombre detrás del que usted anda, señor Holmes.

Holmes sonrió, y dijo:

—Señorita Winter, me parece que contamos con sus buenos deseos.

—Si yo puedo ayudar a que ese hombre vaya adonde debe ir, cuenten conmigo hasta el último estertor —dijo nuestra visitante con furiosa energía.

Su cara pálida y resuelta y sus ojos llameantes mostraban un odio tan intenso como rara vez una mujer y jamás un hombre pueden alcanzar.

—Señor Holmes, no hace falta que remueva usted mi pasado. No es ni de aquí ni de allá. Yo soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si yo pudiese empujarlo hacia el abismo! —sus manos, como garras, se aferraron con frenesí al aire—. ¡Oh, si yo pudiera arrastrarlo al foso adonde él ha empujado a tantas!

—¿Está usted enterada del asunto?

—Shinwell me lo ha contado. Por lo visto, esta vez anda detrás de una pobre tonta y quiere casarse con ella. Usted desea impedirlo. Bien, pero es seguro que usted conoce lo bastante acerca de ese canalla, como para impedir a cualquier chica decente y que esté en sus cabales inscribirse en la misma parroquia que él.

—Pero ella no está en sus cabales, sino locamente enamorada. Se le ha dicho de él todo lo que hay que decir, y nada le importa.

—¿También lo del asesinato?

—Sí.

—Caracoles, ¡debe ser una muchacha muy valiente!

—Dice que todo lo que le dicen son calumnias.

—Pero, ¿no puede usted presentarle ante sus tontos ojos las pruebas?

—Bien, ¿puede usted ayudarnos en esa tarea?

—¿No soy yo misma una prueba? Con que solo me pongan delante de ella y yo le cuente de qué manera me trató...

—¿Está usted dispuesta a hacerlo?

—¿Que si estoy dispuesta? ¡Cómo piensa que no voy a estarlo!

—Quizás podríamos intentarlo. Pero ese hombre le ha contado gran parte de sus culpas y ella lo ha perdonado; tengo entendido que no está dispuesta a discutir nuevamente acerca del asunto.

—Apuesto cualquier cosa a que él no le ha contado todo. Aparte de ese asesinato, que tanto dio que hablar, yo

vislumbré uno o dos más. Me habló en más de una ocasión de alguien, con sus maneras aterciopeladas; luego me miró fijamente y me dijo: «Al mes de eso, murió». La situación no era como para quedarse tranquila, pero yo no le di mucha importancia, porque en aquel entonces estaba enamorada de él. A mí me parecía bien todo lo que él hacía, lo mismo que ahora le parece a esa pobre tonta. Una sola cosa me produjo una gran impresión y, por mi vida, de no ser por esa lengua venenosa y embustera que sabe encontrar explicación para todo y que todo lo suaviza, yo me habría largado aquella misma noche. Me refiero a un libro que él tiene. Un libro de tapas de cuero color castaño, con un cierre y su escudo grabado en oro en la parte de fuera. Creo que aquella noche estaba un poco borracho, o, de lo contrario, no me lo habría enseñado.

—¿Y qué libro era ese?

—Mire, señor Holmes, este individuo colecciona mujeres y se enorgullece de su colección, de la misma manera que algunos hombres coleccionan polillas y mariposas.

En ese libro suyo tenía registrado todo: fotografías instantáneas, nombres, detalles, todos los datos acerca de esas mujeres. Era un libro repugnante; un libro que ningún hombre, aunque procediera del arroyo, habría sido capaz de reunir. Sin embargo, era el libro de Adelbert Gruner. *Almas que he arruinado*: ese es el título que habría podido inscribir en la portada, si se le hubiese ocurrido. Sin embargo, con eso no vamos a ninguna parte, porque ese libro no le servirá a usted para nada y, si le sirviese, no podría llegar hasta él.

—¿Dónde está ese libro?

—¿Cómo puedo decirle dónde está ahora? Hace más de un año que me aparté de ese hombre. Sé donde lo guardaba entonces. Gruner es, en muchos aspectos, un gato limpio y cuidadoso, de modo que quizás siga estando en uno de los compartimientos del escritorio antiguo que tiene en su despacho interior. ¿Conoce usted la casa del barón?

—He estado en su despacho —dijo Holmes.

—¿Ah, sí? Pues, la verdad, usted se ha movido mucho para haber empezado la tarea esta mañana. El despacho

exterior es aquel en que exhibe las porcelanas de China; allí hay un gran armario de cristal entre las ventanas. Detrás de su mesa está la puerta por la que se pasa al despacho interior, un pequeño cuarto donde guarda documentos y cosas.

—¿No teme a los ladrones?

—Adelbert no es cobarde. Ni su peor enemigo podría afirmar eso de él. Sabe cuidarse. Por la noche funciona un timbre de alarma contra los ladrones. Además, ¿qué hay allí que pueda interesar a un ladrón, como no sean todos sus cacharros de fantasía?

—Eso no sirve para nada. Ningún reductor admite artículos que no pueda ni fundir ni vender —dijo Shinwell Johnson, con el acento confiado de un técnico en la materia.

—Así es, en efecto —dijo Holmes—. Bueno, señorita Winter, si usted quisiera venir aquí mañana por la tarde a las cinco, meditaré, hasta entonces, si es posible combinar una entrevista personal entre usted y la otra joven. Le quedo extraordinariamente agradecido por su cooperación. No necesito decirle que mis clientes se mostrarán espléndidos en...

—Ni hablar de eso, señor Holmes —exclamó la joven—. Yo no he salido a ganar dinero. Con tal de que vea a ese hombre en el barro, me consideraré pagada por mi trabajo... En el barro, mientras yo le pisoteo su maldita cara. Ese es mi precio. Estaré a su disposición mañana o cualquier otro día, mientras usted lo persigue. Aquí, Porky le dirá siempre dónde puede encontrarme.

No volví a ver a Holmes hasta la noche siguiente, en que volvimos a cenar en nuestro restaurante del Strand. Cuando yo le pregunté cómo le había ido en su entrevista, se encogió de hombros. Acto seguido me lo contó; yo repetiré dicho relato más adelante, como luego se verá, porque su exposición, dura y seca, necesita una ligera manipulación para suavizarla y darle verdadera vida.

—No tuve dificultad alguna en conseguir la cita, porque la muchacha está dando pruebas de una despreciable obediencia filial en todo lo que sea poco importante, para, de ese modo, hacerse perdonar por su obvia desobediencia en lo referente a su compromiso matrimonial. El general me llamó por teléfono, para avisarme que todo

estaba listo, y la arrebatada señorita Winter acudió puntual, de modo que, a las cinco y media, un coche nos dejó frente al número ciento cuatro de la plaza de Berkeley, donde reside el veterano soldado, en uno de esos castillos londinenses espantosamente grises, junto a los cuales las iglesias parecen edificios frívolos. Un lacayo nos pasó a una gran sala de cortinajes amarillos, y en ella nos esperaba la joven grave, pálida, reservada; tan inflexible y tan lejana como una estatua de nieve en lo alto de una montaña.

Yo no acierto, verdaderamente, con las palabras para retratársela, Watson. Quizás tenga usted ocasión de conocerla antes de que terminemos con este asunto, y entonces podrá servirse de su propio caudal de ideas. Es hermosa, pero con la hermosura etérea de un trasmundo, propia de una fanática que tiene puestos sus pensamientos en las alturas. He visto caras así en los cuadros de los viejos pintores de la Edad Media. No llego a comprender cómo un hombre bestial ha podido poner sus garras repugnantes en un ser como ese.

Quizás se haya fijado ya en que los extremos se atraen, lo espiritual atrae lo animal, el hombre de las cavernas atrae al ángel. Pero jamás habrá visto usted contraste peor que este... Ella sabía a lo que íbamos, como es natural; porque aquel canalla no había dejado pasar tiempo para acudir a envenenar su alma contra nosotros. Creo que sí, que la asombró bastante la visita de la señorita Winter, pero nos indicó, con un vaivén de la mano, que nos sentásemos en nuestras sillas correspondientes, como lo haría una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos mendigos bastante lacerados.

Querido Watson, si su cerebro se siente inclinado a irritarse, tome lecciones de Violeta de Merville. «Bien, señor —me dijo con una voz que se parecía al viento que sopla desde un témpano de hielo—; ya lo conozco mucho de nombre. Según creo, ha venido usted a visitarme para denigrar a mi prometido, el barón Gruner. Lo he recibido a usted únicamente por deseo expreso de mi padre y le advierto, por adelantado, que nada de lo que pueda decirme ejercerá la más ligera impresión sobre mi voluntad». Le tuve compasión, Watson. En aquel momento pensé en ella como habría pensado en una hija.

Rara vez soy elocuente. Yo manejo mi cerebro, no mi corazón. Pero la verdad es que empleé con ella las frases más cálidas que fui capaz de encontrar en mi manera de ser. Le mostré la situación espantosa de la mujer que se despierta, para conocer el verdadero carácter de un hombre, después de haberse casado con él; la de una mujer que tiene que resignarse a ser acariciada por manos manchadas de sangre y labios de sanguijuela. No me olvidé de nada; de la vergüenza, del terror, de la angustia, de lo irreversible que era todo eso.

Mis frases conmovedoras no consiguieron teñir ni con una sola pincelada de color aquellas mejillas de marfil, ni hacer que, en sus ojos ensimismados, brillase un solo destello de emoción. Recordé lo que aquel canalla me había dicho acerca de la influencia posthipnótica. Se hubiera dicho que la joven vivía por encima de lo terrenal, en un sueño de éxtasis.

«Señor Holmes —me dijo—, lo he escuchado con paciencia. El efecto que ha producido en mi voluntad es exactamente el que yo le anuncié. Ya sé que Adelbert, mi prometido, ha llevado una vida tempestuosa y que, en el transcurso de la misma, ha despertado grandes odios y ha sido víctima de los más injustos ataques. Usted es el último de una serie de personas que ha expuesto ante mí sus calumnias.

Quizás su intención sea buena, aunque me consta que usted es un agente a sueldo, que actuaría de la misma manera a favor que en contra del barón. En todo caso, quiero que sepa de una vez y para siempre que yo lo amo y que él me ama, y que la opinión del mundo entero no representa, para mí, algo más importante que los gorjeos de esos pájaros que hay fuera de mi ventana.

Si su noble alma ha tenido en algún momento una caída, quizás esté yo especialmente destinada a levantarla hasta su elevado y auténtico nivel». De pronto, volvió sus ojos hacia mi acompañante y dijo: «No me imagino quién pueda ser esta joven».

Iba yo a responderle cuando la muchacha estalló, como un torbellino. Si alguna vez la llama y el hielo se han visto frente a frente fue cuando se vieron de ese modo aquellas dos mujeres. «Yo le voy a decir quién soy —gritó

la señorita Winter, saltando de su asiento con la boca deformada por la furia—. Soy su última amante. Soy una del centenar de mujeres que él ha tentado, que él ha gozado, que él ha arruinado y arrojado luego a la basura, como lo hará con usted, aunque el montón de basura al que usted irá a parar será probablemente el sepulcro, y en eso tendrá usted suerte.

Le digo, mujer estúpida, que casarse con ese hombre equivale, para usted, a la muerte. Le despedazará el corazón o le retorcerá el cuello pero, de una manera o de otra, la matará. No hablo por amor a usted. Me importa un rábano que usted viva o muera. Hablo por odio a él, para maldecirlo, para hacerle sufrir lo que él me ha hecho sufrir a mí; pero me da igual, mi elegante joven, y no me mire de esa manera, porque cuando termine con usted, quizás haya caído todavía más bajo que yo».

«Preferiría no hablar de estas cosas —dijo con frialdad la señorita de Merville—. Permítame que le diga que estoy enterada de tres episodios de la vida de mi novio, en los que se vio atrapado en las redes de mujeres calculadoras; estoy segura de que se encuentra sinceramente arrepentido de todo el daño que él haya podido ocasionar» «¡Tres episodios! —gritó mi acompañante—. ¡Estúpida! ¡Estúpida rematada!»

«Señor Holmes, yo le suplico que pongamos fin a esta entrevista —dijo la voz de hielo—. He obedecido al deseo de mi padre aceptando entrevistarme con usted, pero no me creo obligada a escuchar los delirios de esta mujerzuela». La señorita Winter se abalanzó contra ella, insultándola, y si yo no la hubiese sujetado por la muñeca, habría agarrado del cuello a aquella mujer capaz de sacar de quicio a cualquiera. Prácticamente arrastré a la señorita Winter hasta la puerta, y tuve la buena suerte de volver a meterla en el coche sin dar lugar a un escándalo público, porque estaba fuera de sí, a causa de la rabia. También yo, dentro de mi frialdad, me sentía irritadísimo, porque la superioridad y la suprema complacencia en sí misma de la mujer a la que intentábamos salvar tenían algo de indeciblemente molesto.

Ya sabe usted, pues, otra vez cuál es la situación y es evidente que necesito preparar otra jugada de salida,

porque esta ya no sirve. Me mantendré en contacto con usted, Watson, porque es muy probable que tenga que representar un papel en la obra, aunque también es posible que la próxima jugada la hagan ellos antes que nosotros.

Y la hicieron. Descargaron el golpe, o mejor dicho, lo descargó, porque jamás he podido creer que la dama pudiera ser cómplice del mismo. Creo que aún hoy podría señalar la losa de la acera en que yo estaba cuando mis ojos se posaron en el cartel de anuncios, con un horroroso sentimiento de angustia de horror que traspasó mi alma.

Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de periódicos, al que le faltaba una pierna, tenía expuestos los periódicos de la tarde. Habían pasado, exactamente, dos días desde nuestra última conversación. Creo que permanecí unos momentos como atontado por un golpe.

Conservo luego un confuso recuerdo: que tomé violentamente un periódico, que el vendedor me reprendió porque no le había pagado y, por último, que me detuve en la puerta de entrada de una farmacia, mientras encontraba la funesta gacetilla. La terrible página de las noticias decía, en letra negra sobre fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN CONTRA SHERLOCK HOLMES

Nos enteramos, con pesar, de que el conocidísimo detective particular, el señor Sherlock Holmes, ha sido víctima esta mañana de una mortal agresión, dejándolo en grave estado. No se poseen detalles exactos acerca del suceso, pero debió ocurrir en la calle Regent, cerca de la medianoche, frente al café Royal.

La agresión fue llevada a cabo por dos hombres armados con bastones, y el señor Holmes fue golpeado en la cabeza y en el cuerpo, recibiendo heridas que los médicos califican como muy graves. Fue conducido al hospital de Charing Cross, y después insistió en que lo trasladasen a sus habitaciones de la calle Baker.

Según parece, los malhechores que lo agredieron eran hombres bien vestidos, que se pusieron a salvo de las personas que presenciaron el caso, metiéndose por el

café Royal y saliendo, por la parte trasera, a la calle Glasshouse. Pertenece, sin duda alguna, a la cofradía de criminales que tantas veces ha tenido que lamentar la actividad y la destreza desplegadas por el agredido.

No hará falta decir que, casi sin acabar de leer la noticia, salté a un coche y me lancé hacia la calle Baker. Encontré en el vestíbulo al célebre cirujano, *sir* Leslie Oakshott, cuyo automóvil esperaba junto a la acera.

—No existe peligro inmediato —fue su informe—. Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios golpes importantes. Ha sido preciso darle varios puntos de sutura. Le he inyectado morfina y es esencial la tranquilidad, aunque no está prohibida una visita de algunos minutos.

Con tal autorización me metí silenciosamente en el cuarto, que estaba en penumbras. El paciente estaba completamente despierto, y oí que me llamaba con un áspero susurro. La cortina, aunque estaba a una cuarta parte de la altura de la ventana, dejaba pasar de soslayo un rayo de sol que iba a proyectarse sobre la cabeza vendada del herido. La blanca compresa de hilo se había empapado de sangre y mostraba un manchón purpúreo. Me senté junto a la cama e incliné mi cabeza.

—Perfectamente, Watson. No ponga esa cara de asustado —murmuró con voz débil—. La cuestión no está tan mal como parece.

—¡Gracias a Dios!

—Yo entiendo algo de la lucha con bastón, como usted sabe, y la mayoría de los bastonazos los recibí con mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude es con el segundo enemigo.

—¿Qué puedo hacer, Holmes? No cabe duda de que fueron enviados por ese maldito individuo. Iré y lo despediré a latigazos, si usted me lo ordena.

—¡Mi bueno y querido Watson! No, mientras la policía no atrape a esos hombres no podemos hacer nada. Tenían bien preparada la retirada. De eso podemos estar bien seguros.

Espere un poco. Tengo trazados mis planes. Lo primero que es preciso hacer es exagerar mis heridas. Vendrán a pedirle noticias. Exagere firmemente, Watson. Tendré

mucha suerte si llego con vida hasta el fin de la semana; rotura de cráneo, delirio, lo que guste. Nunca exagerará demasiado.

—Pero *zy sir* Leslie Oakshott?

—No dirá nada. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me cuidaré yo de ello.

—¿Nada más?

—Sí. Avise a Shinwell Johnson que saque de circulación a la muchacha. Esos elegantes la andarán buscando. Saben, como es natural, que ella me acompañó. Si se atrevieron a meterse conmigo, es probable que no se olviden de ella. Es urgente. Hágalo esta misma noche.

—Iré ahora mismo. ¿Algo más?

—Coloque encima de la mesa mi pipa y la bolsita del tabaco, ¡muy bien! Venga por aquí todas las mañanas y haremos nuestro plan de campaña.

Me encontré con Johnson aquella misma noche y acordé que llevase a la señorita Winter a un barrio tranquilo; le advertí que tuviese cuidado y que ella permaneciera agazapada hasta que pasase el peligro.

El público estuvo durante seis días con la impresión de que Holmes se encontraba a las puertas de la muerte. Los boletines eran muy graves y en los periódicos aparecían gacetillas siniestras. Mis constantes visitas me daban la seguridad de que la situación no era tan seria.

Su férrea constitución y su voluntad resuelta realizaban milagros. Se recobraba rápidamente y, en ocasiones, yo llegaba a sospechar que se reponía aún más rápidamente de lo que quería hacerme creer. Había, en aquel hombre, una curiosa tendencia al secreto que solía producir muchos efectos dramáticos, pero que dejaba, incluso a su más íntimo amigo, pensando cuáles serían sus verdaderos planes.

Holmes llevaba hasta el límite extremo el axioma de que el único conjurado que está seguro es el que lleva él solo una conjura. Yo me encontraba más próximo a él que nadie y, sin embargo, tenía, en todo momento, la sensación de estar frente a una grieta que nos separaba.

Al séptimo día le quitaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual los periódicos de la noche hablaban de

erisipela¹. Los mismos periódicos de la noche trataban otra noticia que yo debía llevar a mi amigo, sano o enfermo.

En la lista de pasajeros del barco de la Cunard, el Ruritania, que zarpaba el viernes de Liverpool, figuraba el barón Adelbert Gruner, que tenía que cerrar en los Estados Unidos importantes transacciones financieras antes de su boda inminente con la señorita Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera.

Holmes escuchó la noticia con una expresión fría y reconcentrada en su cara pálida. Comprendí que le había afectado profundamente.

—¡El viernes! —exclamó—. ¡Solo disponemos de tres días! Yo creo que el muy canalla quiere zafarse del peligro. ¡Pero no lo conseguirá, Watson! ¡Por todos los diablos, no lo conseguirá! Watson, quiero que haga usted algo; ahora se lo diré.

—Estoy aquí para servirlo, Holmes.

—Invierta usted las próximas veinticuatro horas en un estudio intensivo de las porcelanas de China.

No me dio ninguna explicación, ni yo se la pedí. Una larga experiencia me había enseñado la sabiduría de la obediencia. Pero cuando salí de su habitación fui caminando por la calle Baker, pensando cómo me las iba a arreglar para cumplir aquella orden tan rara. Terminé haciéndome llevar en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James; consulté el caso con el segundo bibliotecario, Lomax, un amigo mío, y salí de allí rumbo a mis habitaciones con un gran libro bajo el brazo.

Suele decirse que el abogado criminalista que prepara su caso, atiborrándose de datos para interrogar el lunes a un testigo hábil, se olvida por completo de todos aquellos conocimientos forzados antes del sábado. Desde luego, yo no pretendo pasar hoy por una autoridad en cuestiones de porcelana. Sin embargo, toda aquella tarde, y toda aquella noche, con un corto intervalo para descansar, y toda la mañana siguiente me la pasé aprendiendo datos y cargando mi memoria de nombres.

Aprendí, en aquel libro, los contrastes de los grandes artistas decoradores, el misterio de las fechas cíclicas, las

¹ La erisipela es una infección aguda de la piel, causada principalmente por estreptococos.

características del periodo Hung-wu y las bellezas del Yung-lo, los escritos de Tang-ying y las magnificencias del primitivo periodo del Sung y del Yuan. Cuando fui a visitar a Holmes a la mañana siguiente, ya iba cargado con todos aquellos conocimientos.

Se había levantado ya de la cama, aunque nadie lo habría dicho, a juzgar por los partes médicos publicados, y estaba hundido en su sillón favorito, apoyando su cabeza llena de vendajes en la mano.

—Pero, Holmes; si uno fuera a creer a los periódicos pensaría que usted está agonizando.

—Esa es precisamente la impresión que yo deseo producir. Y ahora dígame, Watson: ¿ha aprendido usted las lecciones?

—Por lo menos lo he intentado.

—Pues, entonces, tráigame esa cajita que hay encima de la repisa de la chimenea.

Abrió la tapa y sacó del interior un objeto pequeño, envuelto con sumo cuidado en una fina seda oriental. Desenvolvió esta y quedó a la vista un fino plato del más bello color azul oscuro.

—Es preciso manejarlo con sumo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo, de la dinastía Ming. Es la pieza más fina que ha pasado por la casa Christie. Un juego completo valdría como para pagar el rescate de un rey; a decir verdad, es dudoso que exista un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un verdadero entendido se saldría de sus casillas viendo este plato.

—¿Y qué haré con él?

Holmes me entregó una tarjeta en la que estaban escritas estas palabras:

Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street

—Así es como usted se llamará por esta noche, Watson. Usted irá a visitar al barón Gruner. Estoy bastante enterado de sus costumbres y es probable que a las ocho y media se encuentre desocupado. Le avisará por adelantado, con una carta, que usted va a pasar a visitarlo y le dirá que le lleva un ejemplar de un juego absolutamente único de porce-

lana Ming. Puede usted incluso afirmar que es médico, porque ese es un papel que representa usted sin duplicidad.

Usted es coleccionista, el juego en cuestión vino a parar a sus manos, ha oído hablar del interés que el barón se toma en este asunto y no tendría inconveniente en vendérselo, si se ponen de acuerdo en el precio.

—¿En qué precio?

—Bien preguntado, Watson. Es seguro que si usted no conoce el valor de lo que vende, podría quedarse muy por debajo en la demanda. Ha sido *sir* James quien me ha proporcionado este platito que procede, según yo creo, de la colección de su cliente. Si usted le dice que es difícil encontrar otra pieza igual en el mundo no exagerará.

—Tal vez convendría que le ofreciese someter la tasación a un perito.

—¡Magnífico, Watson! Hoy tiene usted verdaderos destellos. Sugíerale a Christie o a Sotheby. Su delicadeza le impide ponerle, usted mismo, un precio.

—¿Y si no me recibe?

—Sí que lo recibirá. Tiene una manía coleccionista en su forma más aguda, y especialmente en porcelanas, asunto en el que está reconocido como una autoridad. Siéntese, Watson, que voy a dictarle yo mismo la carta. No necesita contestación. Se limitará a decirle que va usted a visitarlo y con qué objeto.

El documento resultó admirable: breve, cortés y estimulante para la curiosidad del especialista. Lo llevó, en un momento, un mensajero de distrito. Aquella misma noche, con el precioso plato en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, comencé mi aventura.

La magnificencia del edificio y del parque daban a entender, como *sir* James había dicho, que el barón Gruner era un hombre de considerable fortuna. Una larga y serpenteante avenida de carruajes, bordeada a uno y otro lado por arbustos raros, desembocaba en una espaciosa plaza de gravilla decorada con estatuas. La finca había sido levantada por un rey del oro de Sudáfrica, en la época del auge febril de las minas y el edificio, largo y de poca altura, con torrecillas en los ángulos, se destacaba por su volumen y por su solidez, aunque fuese una pesadilla arquitectónica.

Un mayordomo, que habría constituido un adorno en un tribunal de obispos, me hizo pasar y me puso en manos de un lacayo de librea de felpa, que me llevó ante la presencia del barón. Se hallaba de pie delante de una gran vitrina, cuya parte frontal estaba abierta, entre dos ventanas, y que contenía una parte de su colección de porcelanas chinas. Al entrar se volvió con un jarroncito de color castaño en la mano.

—Haga el favor de sentarse, doctor —me dijo—. Estaba haciendo un inventario de mis tesoros y preguntándome si realmente puedo permitirme agregarles otros ejemplares. Quizás le interese este pequeño Tang, que data del siglo diecisiete. Tengo la seguridad de que jamás vio usted trabajo más noble y esmalte más rico. ¿Trae usted encima el plato Ming del que me hablaba?

Lo desenvolví con gran cuidado y se lo entregué. Se sentó frente a su escritorio, acercó la lámpara, porque ya estaba oscureciendo, y se puso a examinarlo. En esta actitud, la luz amarilla se proyectaba sobre sus facciones, y pude estudiarlas a gusto.

Era, sin duda, un hombre de extraordinaria belleza. Tenía bien merecida la popularidad que había adquirido en Europa. Tenía una estatura mediana, pero era esbelto y lleno de vitalidad, Era de tez morena, casi oriental y tenía ojos negros, lánguidos, que muy bien podían ejercer una fascinación irresistible sobre las mujeres. Sus cabellos y su bigote eran de un color negro de cuervo, y este último era corto, puntiagudo y bien arreglado.

Tenía facciones proporcionadas y agradables, a excepción de su boca, de labios rectos y delgados. Si alguna vez he visto una boca de asesino era, sin duda, aquella; un tajo en la cara, cruel, duro, de bordes apretados, inexorable y terrible. Era un error impedir que el bigote la disimulase, tapándola, porque era una señal de peligro puesta por la naturaleza como advertencia para sus víctimas. Su voz era atrayente y sus modales, perfectos. Calculé que tendría poco más de treinta años, aunque luego se vio, por su documentación, que tenía cuarenta y dos.

—¡Precioso, verdaderamente precioso! —dijo por último—. De modo que tiene usted un juego de seis servicios. Lo que me desconcierta es que yo no haya oído hablar, hasta ahora, de la existencia de tan magníficos

ejemplares. Conozco un solo juego en Inglaterra que pueda compararse con este, pero no existe probabilidad alguna de que salga al mercado. ¿Sería muy indiscreto, doctor Hill Barton, si le pregunto cómo llegó a su poder esta rara y valiosa pieza?

—¿Tiene eso alguna importancia? —le dije, adoptando el aire de mayor despreocupación que me fue posible fingir—. Usted ha comprobado que se trata de una pieza auténtica y, en lo que respecta al precio, me conformo con que sea tasada por un experto.

—Resulta sumamente misterioso —dijo, y en sus ojos negros relampagueó una súbita sospecha—. En una transacción de objetos de tanto valor, es natural que uno desee informarse bien de todos los detalles. No hay duda de que se trata de un ejemplar legítimo. Sobre eso tengo completa seguridad. Pero no tengo más remedio que prever todas las posibilidades: ¿y si luego resulta que usted no tenía derecho a vender el juego?

—Estoy dispuesto a darle una garantía contra cualquier reclamo de esa clase.

—Lo cual nos lleva a plantear la cuestión del valor que tiene esa garantía.

—Sobre eso le contestarían mis banqueros.

—Así es pero, de todos modos, esta transacción me parece fuera de lo normal.

—Puede usted tomarlo o dejarlo —le dije yo con indiferencia—. Es usted el primero a quien se lo he ofrecido, porque sabía que es usted un entendido en la materia; pero no tendré dificultad alguna en vendérselo a otras personas.

—¿Quién le informó que yo era un entendido?

—Supe que usted había escrito un libro acerca de esta materia.

—¿Ha leído ese libro?

—No.

—¡Por mi vida, esto me resulta cada vez más difícil de entender! Es usted un entendido y un coleccionista que tiene en su colección un ejemplar valiosísimo, y, sin embargo, no se molesta en consultar el único libro que podía haberle explicado el verdadero alcance y el valor de lo que tenía entre manos. ¿Qué explicación puede darme?

—Soy un hombre muy atareado. Ejercicio la medicina regularmente.

—Esa no es una buena respuesta. Cuando un hombre tiene una afición la sigue hasta el final, sean cuales fueren sus demás actividades. En su carta me decía que usted es un entendido en la materia.

—Y lo soy.

—¿Me permite que le haga algunas preguntas? Doctor, no tengo más remedio que decirle que este incidente me está resultando cada vez más sospechoso. Digo doctor por si, en efecto, lo es usted. Dígame: ¿qué sabe usted del emperador Shormi y de qué manera lo relaciona usted con el Shoso-in, cerca de Nara? Qué, ¿lo desconcierta? Cuénteme algo de la dinastía norteña de Wei y del lugar que ocupa en la historia de la porcelana.

Salté con rapidez de mi asiento, simulando irritación:

—Esto es intolerable, señor. Vine con el propósito de hacerle a usted un favor, y no para que me examinase, como si yo fuera un niño de escuela. Quizás mis conocimientos sobre la materia solo cedan ante los suyos, pero no estoy dispuesto, desde luego, a contestar preguntas que se me hacen de modo tan ofensivo.

Clavó su vista en mí. Había desaparecido de sus ojos la languidez. Centellearon súbitamente. Entre sus labios crueles había un brillo de dientes.

—¿Qué juego se trae? Usted ha entrado aquí como espía. Usted es un emisario de Holmes. Es una trampa que me están tendiendo. Tengo entendido que ese individuo se está muriendo, y por eso, sin duda, manda a sus mensajeros, para que me vigilen. Por Dios, usted ha entrado hasta aquí sin permiso, pero le va a resultar más difícil salir. Se puso de pie de un salto y yo retrocedí, preparándome para hacer frente a su agresión, porque el individuo estaba fuera de sí a causa de la furia.

Quizás sospechó de mí desde el primer instante; desde luego, el interrogatorio le había hecho comprender la verdad; era evidente que yo no podía tener esperanzas de engañarlo. Hundió la mano en un cajón lateral y revolvió furiosamente en el interior. Pero, de pronto, algo debió llegar a sus oídos, porque se quedó inmóvil, escuchando atentamente.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Ah! —y se precipitó dentro del cuarto, cuya puerta quedaba a sus espaldas.

Llegué en dos zancadas hasta la puerta abierta. Jamás se borrará de mi memoria el cuadro que presencié allí. La ventana por la que se salía al jardín estaba abierta de par en par. Junto a ella, como si fuera un fantasma terrible, con la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre, la cara huesuda y blanca, estaba Sherlock Holmes. Un instante después había desaparecido por aquella abertura, y llegó a mis oídos el chasquido de los arbustos de laurel al caer sobre ellos.

El dueño de la casa dejó escapar un alarido de rabia y corrió hacia la ventana abierta para perseguirlo. ¡Y en ese instante...! Porque fue en un instante, sí, pero yo lo vi con toda claridad. Un brazo, un brazo de mujer salió con ímpetu de entre las hojas. Casi en el acto dejó escapar el barón un grito espantoso; un chillido que resonará siempre en mi memoria.

Se llevó con fuerza sus dos manos a la cara y se puso a correr por la habitación, golpeándose la cabeza contra las paredes. Luego cayó sobre la alfombra, rodando sobre sí mismo y retorciéndose mientras sus alaridos, en ininterumpida sucesión, llenaban toda la casa.

—¡Agua, por el amor de Dios, agua! —gritaba.

Tomé un botellón que había en una mesa lateral y corrí para socorrerlo. En ese mismo instante acudieron corriendo, desde el vestíbulo, el mayordomo y varios lacayos. Recuerdo que uno de ellos se desmayó al arrodillarse junto al herido y volver hacia la luz de la lámpara aquel rostro que causaba horror.

El vitriolo² iba carcomiéndolo por todas partes, goteando desde las orejas y la barbilla. Uno de los ojos estaba ya blanco, como convertido en cristal. El otro estaba rojo e inflamado.

Las facciones que, momentos antes, me habían producido admiración, eran como un bellissimo cuadro sobre cuya superficie había pasado el artista una esponja húmeda llena

² Los antiguos químicos y alquimistas llamaban vitriolos a los sulfatos cristalinos metálicos producidos a partir de la combinación de elementos metálicos con azufre. Una vez disueltos y vueltos a cristalizar se obtenían cristales de apariencia vítrea. El más conocido, y al que suele referirse la palabra «vitriolo» (incluso aún se utiliza en algún recetario industrial) es el ácido sulfúrico, sobre todo en su versión deshidratada.

de inmundicias. Se habían desdibujado, deshumanizado, perdido el color, se habían vuelto espantosas.

Yo expliqué, en pocas palabras, lo que había ocurrido, solo en lo referente al ataque con vitriolo. Unos saltaron por la ventana y otros salieron corriendo por la pradera, pero ya había oscurecido y empezaba a llover. Entre alarido y alarido, la víctima se enfurecía con la vengadora, exclamando:

—Fue Kitty Winter, esa gata infernal de Kitty Winter. ¡Endemoniada mujer! ¡Lo pagará, lo pagará! ¡Dios del cielo, este dolor es superior a mis fuerzas!

Le lavé la cara con aceite, apliqué algodón en rama a las superficies en carne viva y le inyecté morfina por vía hipodérmica. La terrible expresión había hecho desaparecer de su mente todo recelo acerca de mí; se aferraba a mis manos como si, aun en esa situación, yo tuviera poder para curar aquellos ojos de pez muerto que se volvían, queriendo mirarme.

Aquella destrucción me habría arrancado lágrimas, si yo no hubiera tenido tan presente la vida vergonzosa que había traído, como consecuencia, un cambio tan horrendo. Me repugnaba aquel apretar de sus manos abrasadoras, y sentí alivio cuando el médico de cabecera, seguido inmediatamente por un especialista, se presentaron para relevarme. También llegó un inspector de policía, al que yo entregué mi verdadera tarjeta.

Habría sido tan inútil como absurdo el obrar de otro modo, porque en Scotland Yard me conocían de vista, casi tanto como a Holmes. Luego abandoné aquella casa, llena de tristeza y de horror. Antes de una hora me encontraba en la calle Baker.

Holmes estaba sentado en su silla de siempre; estaba muy pálido y parecía agotado. Con independencia de sus heridas, hasta sus nervios de hierro habían sido sacudidos por los acontecimientos de aquella velada. Escuchó con espanto el relato que le hice de la transformación sufrida por el barón.

—¡Así paga el demonio, Watson, así paga el demonio! —me dijo—. Tarde o temprano, siempre ocurre lo mismo. Bien sabe Dios, que sus pecados eran muchos —agregó, agarrando de la mesa un volumen color castaño—. Este es el libro del que nos habló aquella mujer. Si esto no logra

deshacer la boda, no habrá nada capaz de lograrlo. Pero la deshará, Watson. No hay alternativa. Ninguna mujer que se respete será capaz de mostrarse insensible.

—¿Es el diario de sus amores?

—O el diario de sus lascivias. Llámelo como mejor le parezca. En cuanto esa mujer nos habló de este libro, me di cuenta de que teníamos un arma terrible si podía conseguirlo.

En ese momento no dije nada que dejara traslucir mis intenciones, porque la mujer hubiera podido hablar de más. Pero medité mucho acerca de ese libro. Después, la agresión de la que fui víctima me proporcionó la oportunidad de hacer creer al barón que no necesitaba ya adoptar precauciones contra mí. Todo venía bien.

Yo habría, quizás, esperado un poco más, pero su anunciado viaje a Norteamérica me forzó a actuar de inmediato. Ese hombre no habría dejado aquí un documento tan comprometedor. Teníamos que llevar a cabo esa empresa enseguida.

Escalar de noche la casa es imposible, porque ese hombre tomaba precauciones, pero existía la posibilidad de hacerlo durante la velada, con la condición de que yo consiguiese desviar su atención hacia otro lado. Ahí es donde entraron en escena usted y su plato azul. Pero tenía que saber con seguridad el sitio en que se encontraba el libro; solo dispondría de escasos minutos para poder actuar, porque mi tiempo estaba limitado por sus conocimientos de la cerámica china.

Teniendo en cuenta eso, en el último instante, dejé que la muchacha me acompañara. ¿Cómo iba yo a suponer lo que llevaba en el paquetito tan cuidadosamente escondido debajo de la capa? Yo creía que había venido a trabajar exclusivamente por mi cuenta, pero, por lo visto, ella también traía su negocio.

—Ese hombre adivinó que yo era un enviado suyo.

—Me lo temía. Lo cierto es que usted lo entretuvo el tiempo suficiente para que yo me apoderase del libro, pero no lo suficiente para que yo huyese sin que nadie se diese cuenta... ¡Hola, *sir* James, me alegro mucho de que haya venido usted!

Nuestro cortés amigo se había presentado, respondiendo a una llamada previa. Escuchó con la más profunda atención el relato de lo ocurrido que le hizo Holmes.

—¡Es maravilloso lo que ha hecho, maravilloso! —exclamó al final—. Pero si esas heridas son tan graves, como asegura el doctor Watson, habremos conseguido nuestro propósito: romper esa boda sin necesidad de recurrir al empleo de este horrible libro.

Holmes movió negativamente la cabeza.

—Las mujeres del tipo de la señorita de Merville no actúan de ese modo. Lo amaría todavía más si lo considerara un mártir desfigurado. No, no. Lo que tenemos que destruir es su apariencia moral, no su apariencia física. Ese libro la hará bajar de las nubes a la tierra. Es lo único que puede conseguirlo. Está escrito de su puño y letra. Ella no puede hacerlo a un lado.

Sir James se llevó el libro y el valioso plato. Como yo ya estaba retrasado, bajé con él a la calle. Un automóvil estaba esperando a *sir James*; subió, dio una orden rápida al solemne conductor, y el vehículo se alejó rápidamente. *Sir James* echó su sobretodo encima de la ventanilla, de manera que la mitad que quedaba fuera cubría el escudo que ostentaba el panel, pero, a pesar de ello, yo tuve tiempo de verlo a la luz del vidrio transparente de nuestra puerta. La sorpresa me dejó un instante sin aliento. Me di media vuelta y subí hasta el cuarto de Holmes.

—He descubierto quién es nuestro cliente —exclamé, entrando de repente con mi gran noticia—. Sepa usted, Holmes, que es...

—Es un amigo leal y un hombre caballeresco —dijo Holmes, alargando la mano para cortarme la palabra—. Baste con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Ignoro de qué manera se empleó el libro acusador. Quizás fue *sir James* el encargado de esa tarea, aunque es mas probable que, por lo delicado de la misma, le fuese encomendada al padre de la joven. Fuese como fuere, el efecto que produjo fue el que se buscaba.

Tres días después apareció en *The Morning Post* una gacetilla, anunciando que la boda entre el barón Adelbert Gruner y la señorita Violeta de Merville no tendría lugar. En el mismo número del periódico venía reseñada la

primera vista, ante el tribunal de policía, en la acusación contra la señorita Kitty Winter, por el grave delito de lanzamiento de vitriolo. En esa causa se aportaron atenuantes tales que, según se recordará, fue sentenciada a la pena mínima correspondiente a ese delito.

Sherlock Holmes se vio en peligro de ser acusado por robo con persecución, pero cuando la finalidad es noble y el cliente es lo bastante insigne, hasta la rígida justicia inglesa se humaniza y se hace elástica. Mi amigo no ha tenido que comparecer, hasta ahora, en el banquillo.